

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

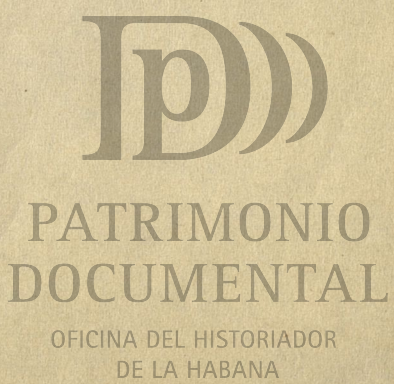
LA CALLE DE MURALLA

Por Federico Villoch.

HABLANDO de ella dice Cirilo Villaverde en su nunca bastante elogiada novela criolla «Cecilia Valdés»: «Comenzaba la tarde en uno de los últimos días del mes de octubre. Subían y bajaban—fijarse decimos; bajaban y subían—muchos carruajes, carretones y carretas la angosta calle de la Muralla, tal vez la de más tráfico en la ciudad, por ser la más central, y estar toda poblada de tiendas de varias clases... No pocas veces chocaban unos contra otros los carruajes y obstruían el paso por largo rato... En la tarde de que hablamos, ocurrió una de esas frecuentes colisiones, entre un quitrín, ocupado por tres señoritas, que bajaba, y un carretón, cargado con dos cajas de azúcar que subía. Chocaron con fuerza los cubos opuestos de ambos vehículos, de cuya resultas el del segundo levantó la rueda del primero y se entró por sus rayos, rindiéndose uno. Del choque, los dos carruajes quedaron casi de través en la calle: el quitrín, con la zaga hacia la puerta de la sastrería de Uribe, donde penetró la cabeza de la mula del carretón. El carretonero, que venía sentado a la mujeriega en una de las cajas de azúcar, con un zurriago en la mano derecha, perdió el equilibrio, y dió en el lodo y piedras de la calle un terrible costalazo.

«Y este hombre africano de nacimiento, lo mismo que el otro, mulato de la Habana, en vez de acudir cada cual a su vehículo respectivo, a fin de deshacer el enredo, se embistieron mutuamente con atroces maldiciones y denuestos, y ciegos de furor salvaje... En vano las señoritas del quitrín, muy sobresaltadas, pusieron el grito en el cielo, y la mayor de ellas amenazó repetidas veces al calesero con un fuerte castigo, si no desistía de la riña y atendía a los inquietos caballos. Pero los combatientes, en su furor y en la lluvia de zurriagazos que se descargaban no oían palabra. Luego los españoles de las tiendas y los oficiales de las sastrerías, todos asomados a las puertas, en mangas de camisa, aumentaban el ruido y la confusión, con su vocería y sus risotadas, señales ciertas del júbilo con que presenciaban el combate». Esto se vió después repetido, en época contemporánea, con los carretoneros que arreaban sus mulas entre ensordecedora gritaría, salpicada de frases mal sonantes, camino de la Estación del Ferrocarril de Villanueva, unas cuadradas más arriba; hasta que en tiempos del Alcalde reformista don Segundo Alvarez, fué prohibido, so pena de multas severísimas.

En vista de éste y otros parecidos incidentes, al fin los Ayuntamientos tomaron el acuerdo de designar como calle sólo de subida, o de bajada, algunas de aquellas antiguas, que por su estrechez no permitían el doble tráfico de vehículos; y entre ellas fueron las primeras en adaptarse a esa disposición, las de Muralla, Teniente Rey y Obrapia, que se declararon de subida; y las de Amargura, Lamparilla, Luz y Sol, de bajada. Fué entonces cuando la calle de la Muralla empezó—es un decir—a «civilizarse» y ser una de las de mayor auge e importancia social y comercial de nuestra urbe. Llamóse esta calle en un principio, de la Muralla, por que iba a dar a un bastión de la que en un tiempo ceñía a la ciudad, levantándose en el sitio en que terminaba la calle una gran puerta llamada la «Puerta de Tierra». Después, cuando todo aquello desapareció, los que tienen el gusto pueril de aplicarle a los sucesos ciertos juegos de palabras, le conservaron el nombre de Muralla, porque aquella calle era, según ellos, «una de las más firmes con las que



2

en Cuba contaba el patriotismo hispano». Un tiempo se le llamó también la del Conde de Ricla, uno de nuestros Capitanes Generales; pero apenas éste depuso su mando y se volvió a la Península, el pueblo siguió llamándole, y le llama aun, calle de la Muralla.

No es hora aun de recitar el «Esto Fabio, ¡oh dolor!», de Rodrigo Caro, ante las ruinas de la famosa Itálica; pero sí de considerar, con no disimulada pesadumbre, el más efecto que nos causa la calle de la Muralla del presente, comparada con aquella de ocho, o diez, o más años antes, que tanto enorgullecía y regocijaba a los vecinos de San Cristóbal de la Habana. Cuando los pasajeros de un vapor de tránsito desembarcaban, por breves momentos, en un puerto de importancia, para conocer a vista de pájaro una ciudad, los cicerones y guías suelen llevarlos de primera intención a las calles y sitios más destacados de aquella; y aquí—hasta hace pocos años—eran las primeras que recorrían, las de Muralla y Obispo; y acaso sean hoy las últimas que visiten y conozcan, ya de retirada, según la poca importancia que se les concede al comparadas con otros sectores de la ciudad en los que el progreso se ha manifestado con mayor fuerza: nos es tan querido el recuerdo de esas calles a los descoloridos del tiempo viejo, a pesar de todo, que cuantas veces, por azar, las recorremos, gratas y alegres remembranzas palpitan en el fondo de nuestros corazones. . .

Los muchachones que entonces teníamos de ocho a doce años, no podemos olvidar aquel espectáculo que, con motivo de las fiestas de la «Paz del Zanjón», en 1878, se ofreció a lo largo de toda la calle de la Mu-

ralla, donde se instaló de punta a cabo de la misma una larga e interminable mesa, espléndidamente servida con viandas, dulces y vinos de los mejores de España y Cuba, en un banquete ofrecido a los que

días antes habían sido irreconciliables enemigos en los campos de batalla, confraternizando del modo más leal y sincero los valientes soldados de Maceo y Máximo Gómez, con los de Martínez Campos y demás generales españoles. Allí el sabroso lechón asado a la criolla, junto a la suculenta paella valenciana; allí el rústico casabe, pan de la manigua, junto a la bien elaborada hogaza con la perfumada harina de Castilla; el rico boniato asado en cantidad fabulosa, compartiendo el gusto de los comensales con la sabrosa batata malagueña; y el vino de Cataluña, y el de Andalucía, y el de Galicia, y el de Aragón, corriendo en río desbordado; y confundiendo sus aromas con el del sin igual y único ron de Oriente; y cruzándose de una y otra banda de la mesa, las cadenciosas peteneras andaluzas con las dulces y melancólicas guajiras criollas. Por una y otra acera iban y venían los curiosos visitantes y los comisionados organizadores de la fiesta, atentos a guardar el orden y a las demandas de los comensales. . .

De paso a veces por esta calle de la Muralla, ha venido a nuestra memoria este confuso recuerdo de cuando apenas contábamos doce años, viéndonos entre aquellos curiosos que aquella noche del banquete contemplaban la cena fraternal de los que por espacio de diez años habían sido enemigos declarados e irreconciliables. ¿Qué sentimientos se reflejaban en sus rostros? En aquel momento, al menos, brillaba en ellos una cierta luz de esperanza, reflejo del ansia de emprender una fructífera senda de trabajo, echando a un lado las enemistades y celos que los había mantenido separados tanto tiempo. La más franca expansión corría a lo largo de aquellas infinitas mesas, unidas unas a otras a todo lo largo de la calle. Aquel banquete era, como dijimos, uno de los números del pro-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

grama combinado para celebrar los «Festejos de la Paz del Zanjón». Se cumplieron todos los números, menos uno: el más importante; y volvimos a «empezar». De entonces parece que nos acostumbramos a no cumplir ni respetar ningún programa; y estamos, y vivimos, «empezando siempre».

Los diez y siete años de paz y trabajo que siguieron a aquel noble acto de confraternidad, se hicieron notar con elocuencia en el desarrollo de la calle de la Muralla. En ese período alcanzó su mayor auge y renombre. Puede decirse que el espíritu de la Colonia palpitaba en la calle de Ricla, Obispo, Mercaderes, Oficios y Monte, tuvieron siempre un mercado aspecto cosmopolita; pero Muralla fué por el contrario una calle pura y netamente española; y para serlo, albergó por larga fecha en su seno al DIARIO DE LA MARINA, de cuyos directores mientras estuvo en ella se recuerdan a Don Isidoro Araujo de Lira y a don Luciano Pérez de Acevedo. Las tropas de desembarco remontaban generalmente por Muralla hacia sus cuarteles. Su proximidad a los muelles y a la Aduana, le ofrecía a los pasajeros de los trasatlánticos el más cómodo y próximo pasillo para adentrarse en la ciudad. Obispo ha tenido siempre algo de neoyorquino en la distribución y arreglo de sus establecimientos, sus vidrieras a lo Broadway, sus grandes tiendas de moda a lo Quinta Avenida, sus diminutos salones de limpiabotas a lo calle 42 y sus anexas. En Muralla la tienda es grande, espaciosa: el mostrador es de madera, sólido, y poco artística y casi descuidada la vidriera. El escritorio amplio y a la vista: mitad de almacén al por mayor; mitad, de banco para descontar libranzas y negociar pagarés. En Obispo todo es pequeño, reducido: diríase que el terreno se ha medido por cuartas—no necesita más para los giros a que corrientemente se dedica: libros, quincalla, joyas, juguetes, óptica—; en Muralla es grandote; se ha medido por metros: los almacenes de paños, por lo general allí establecidos, necesitan esos amplios espacios para moverse con comodidad.

Se recordarán, entre los más antiguos y populares de éstos, «El Navío», que tenía pintado en la fachada uno de tres palos, desplegadas las velas, navegando a todo trapo en alta mar; de la firma de Don Segundo García Tuñón. Contábase que este navío era copia fiel del que arribó inmigrante a Cuba, quien fué con los años, acaudalado dueño de la tienda. De otro establecimiento antiguo que subsistió hasta hace poco en esta calle, habla Don José Zorrilla en su interesante libro «Recuerdos del tiempo viejo». «Había—dice el autor de Don Juan Tenorio—allá por el año 56, en la calle de la Muralla, una tienda variada y ricamente surtida de esos objetos múltiples que constituye lo que, traducido bárbaramente del francés, ha dado en llamarse «bisutería», cuya tienda estaba bautizada con un título algo extravagante—«El palo gordo»—girando aquél bajo la razón social de «Corugedo Hermanos». «Y este Corugedo el mayor—continúa Zorrilla—es uno de los hombres a quienes Dios me ha hecho encontrar sobre la tierra para enseñarme a estimar a la humanidad, a respetar la honradez y a despreciar mi miserable ingenio, que no ha sabido más que meter ruido sin utilidad de nadie, empezando por mí. Cierta vez visité la humilde trastienda, como llamaba Corugedo a la vivienda que tras de su mostrador tenía escondida. ¡Cuál fué mi asombro al encontrarme en su interior una biblioteca de miles de volúmenes y adornadas sus paredes con los retratos de Ercilla, Quevedo, Lope, Calderón y todos los que forman la colección grabada que publicó la Academia Española!».

«Pero lo que más me asombró de hallar, entre aquel interior del hombre estudioso e inteligente y aquel mostrador y anaquelaría de mercader, fué la sencilla modestia de aquel asturiano, de exterior vulgar, que me contaba, complaciéndose en tales recuerdos, cómo había desembarcado en la Habana, sin más que lo puesto; cómo había dormido la primera noche en el pór-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

tico de una iglesia, por no haber encontrado un paisano para quien traía una carta de recomendación; y, cómo, arrojando trabajos y devorando afanes, cuarto a cuarto, peseta a peseta, y duro a duro, a fuerza de aceptar arriesgadamente y cumplir casi por milagro plazos y compromisos, había cimentado el capital y el crédito que aquel almacén y su razón social representaban». Digno sucesor de éste, fué otro señor Corugedo, Alcalde de la Habana, en tiempos de la Colonia.

Los «descoloridos» de Muralla recuerdan con melancolía el glorioso pasado de su calle. Algunos hay que permanecen en ella desde que llegaron de España, en sus años mozos; y a ellos se debe acudir en primera instancia, en demanda de datos, si se quiere tener una cabal idea de lo que fué esta, en su día, la primera calle de la Habana. Ellos nos hablarán de la fonda «La Paloma», hoy desaparecida, instalada junto al antiguo Palacio de la Capitanía General de Marina, en tiempos de la Colonia; ocupado después por la Administración de Correos; más recientemente por el primer Congreso de la República; y en la actualidad por la Secretaría de Educación, fonda que era el parador de los inmigrantes españoles, allí hospedados a veces en número tan excesivo, que daba origen a enfermedades y epidemias. Cuando la primera de influenza, murieron allí cientos de inmigrantes; y cuando la bubónica, fué allí donde la Secretaría de Sanidad, de entonces llevó a cabo sus más certeros y despiadados ataques. Esos «viejos vecinos» nos hablarán de una calle de la Muralla que ya no existe; pero que es la única que para ellos pervive con vida real en su memoria: aquella de los almacenes de paños de Galán y Compañía, esquina a Cuba; la de la famosa quincallería de Corugedo «El Palo Gordo», que ya citamos; de la célebre joyería, en la esquina de Habana, del rico gallego Misa, ascendiente del conocido empresario Alfredo, del propio apellido, y víctima del ingenioso timo de los «merengues», dado por un caballero de industria de la época, que se hacía pasar, ora, por agente de una gran fábrica americana de aparatos para hacer oír y hablar a los sordos mudos, mediante buenos centenes; ora, galeno homeópata delegado de ignotas Universidades belgas, suizas y germanas; ora, agente representante de varios bancos húngaros y filandeses; y en definitiva, un muñecón de aspecto prócer y respetable; largas patillas y levita inglesa cerrada, que engañó a media Habana, hasta que dió con sus huesos en la Cárcel, y con la relación de cuyos numerosos timos y estafas tendríamos sobrado asunto para llenar una de nuestras más interesantes postales descoloridas. Su apellido, sonoro, que no sabemos si era el propio suyo, u otra de sus corrientes engañifas, era también el nombre de uno de nuestros antiguos palacios nobiliarios, instalado en una de nuestras plazas más céntricas y conocidas. Si lo quieres más claro, échale agua.

Aquellos «viejos vecinos» nos hablarán, decíamos, de los ya desaparecidos almacenes de paños y casa de banca de los señores Alvarez y Valdés, frente a la que fué Plaza Vieja del Mercado de San Francisco, en su tiempo, como escribe el ya citado Villaverde, «un hervidero de animales y cosas diversas; recinto harto estrecho desahuciado, húmedo y sombrío»; que con pocas modificaciones, agregamos, se mantuvo así hasta implantada la República, siendo de lo primero que la Sanidad de aquella echó abajo; de la regia casona colonial, sede del bufete del doctor Antonio Sánchez Bustamante, en la esquina de Aguacate—la Audiencia del barrio—de la popular vidriera de Puerta Tierra, donde era proverbial que se vendía todos los sorteos el premio gordo de la Lotería—esta vidriera de Puerta Tierra está pidiendo una vieja postal, que escribiremos en su día—; de la antigua ferretería, que ya no existe, de Astuy; de la peletería «La Josefina», que estuvo en la esquina de Villegas; de los almacenes de paños «El Vapor», de los sobrinos de Nazábal; de La Diana; de la farmacia de Olarzábal; de



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

La Borla, instalada en la casa número 39, primero cordonería y luego almacén de paños de Borges; de los almacenes de los Hermanos Faes, Faustino y Perfecto; de Amalio Suárez y su socio Angelín Rodríguez, que vivía y miraba por los ojos de Amalio; de Jesús Fernández, que fundó el Banco Comercial, y los también banqueros Gómez Mena, que daban vida y prestigio a la calle; de Pancho Toyo, todo fachenda y prosopopeya, cuya única venta personal—«Ponte el el saldo, Genín»—consistió en toda su vida en una que le hizo a un tal Eugenio, que cargó con la mercancía y no la pagó nunca; en la esquina de Compostelá, la popularísima joyería de Cuervo y Sobrinos —la de los relojes Roskoff, a centén; y la del timbre avisador oculto en uno de los peldaños de la escalera que conducía a los altos de la casa—; y en fin, de toda aquella joven dependencia de Vivanco, Fernández y Castro, Humara, etc., fieles del dominó y el café con leche en La Victoria, El Cuco, El Méndez Núñez, El Bombé, etc., y que le rendían homenaje al sereno particular Celestino Peláez, para sus escapadas después de las once de la noche, y sus vueltas de ocultis, al toque del Avemaría...

En la calle de la Muralla de aquellos tiempos existía un tipo popular que era el amo de ella, el moreno maletero conocido por «Bemba». «Bemba» era el encargado de llevar y traer las maletas y los baúles de aquel vecindario, cuando iba o venía de viaje, ya a la Península, ya al campo; «Bemba» era el hombre de confianza para «ciertos recados»; «Bemba» era el portador, discreto y seguro, de ciertos envoltorios y maletines, de cuyo contenido no tenían por qué enterarse los aduaneros. «Bemba» cargó en su modesta carretilla de muelle el humilde cofre aldeano del mozo inmigrante recién llegado, que años más tarde se entendía para su fastuoso y variado equipaje con los grandes expresos de fama. «Bemba», al cabo de sus años de convivencia con aquel vecindario, pudo dar fe de la sentencia popular: «El padre bodeguero; el hijo caballero; el nieto...»

Una de las costumbres más arraigadas en las grandes casas comerciales de aquel tiempo, era la de almorzar y comer la dependencia de aquellos establecimientos, juntamente con sus dueños y principales, en una extensa mesa que por lo general se servía en la planta baja de la casa, ya en el patio, ya en el comedor, casi siempre a la vista de los que transitaban por la calle; siendo fama que la comida solía distinguirse por su esplendidez y suculencia. Además de los empleados de la casa, sentábanse a la mesa los agentes y corredores del género; los amigos invitados exprofeso; y los clientes de la misma, a quienes sorprendía en ella la hora del servicio, que para el almuerzo solía ser, la de las once en punto de la mañana; y para la comida, la de las seis de la tarde; contándose también entre los invitados un buen número de «gorrones», que no se hacían de rogar, desde luego. De estos recordamos uno que por los años del 89, al 90, 91, etc., era célebre en los almacenes de «allá abajo», de Quesada, Francisco Menéndez, Barraqué, Marina el ferretero, Lezama, etc., un señorón de pomposa chistera, aunque ya bastante delustrada, levita negra de cuello alto a la moda del año 40; amplio bigote y puntiaguda pera, repintados de negro; lentes de carey a lo Don Francisco de Quevedo; y poseedor de un nombre y apellido tan ostentosos y retumbantes como su arcaica persona; se le cedía un puesto en aquellas mesas a gusto de todos, en gracia a su conversación tan interesante como instructiva. Este Lope de Vega ambulante tenía el acierto de no caer a diario siempre en una misma casa; y así iba sorteando de una en otra, con tino, el problema de su manutención.

Dábase el caso de que aun viviendo la familia del dueño en los altos del establecimiento, u otro departamento anexo, aquél comía siempre, en los días laborables, con su dependencia; obediente al uso de antiguo establecido de presidir la mesa y conservar en



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

todo incólume el concepto de su primacía y la cohesión y mantenimiento del negocio. Entre los adelantos sociales del día ha entrado la supresión de esta costumbre: hoy, por lo general, los dueños van a comer a sus respectivas casas particulares, y los empleados y dependientes lo hacen en el bar o restaurant de la esquina, mediante un económico abono por quincenas. El radio se encarga, por su parte, del menú espiritual; no siempre de la mejor calidad y del más sano y saludable efecto. Maestros cocineros había que después de quince a veinte años de servicios en una de estas casas, con un sueldo mensual de diez a veinte «centenes», y un diario para la plaza de doce y quince pesos, se retiraban para entrar en la comandita de algunos de los mejores hoteles de la Habana...

Es cosa cierta que cada calle tiene su vida, su ambiente y su fisonomía especial; un detalle, o algo típico que la distingue de las otras; y he ahí, por qué muchos cocheros y transeuntes dan con ella, sin necesidad de leer la tablilla en que se halla grabado su nombre en las esquinas; como es también cierto que las gentes que viven en algunos barrios, por su posición social o situación económica, delatan a las claras su procedencia. La calle de la Muralla siempre tuvo un reflejo, un color, el rancio influjo de una clásica rúa española. Pero por lo mismo que sus moradores, al cabo de convivir unidos tanto tiempo, lograron imprimirle ese carácter especial de que hablamos, en cuanto aquellos, por una u otra causa, empezaron a separarse, diríase que se llevaron con ellos aquel ambiente, aquella alma que la hacía vivir y palpar con una vida sui-generis; y como una de esas decoraciones disolventes que se desenvuelven y transforman, casi sin darse cuenta el espectador, van cambiándose por día el fondo y los detalles del cuadro...

Nada nos dá una idea más exacta de este cambio verificado recientemente, de esta atmósfera distinta que ya empieza a respirarse en la antigua típica calle colonial de la Muralla, como observar las muestras de sus establecimientos más destacados; los grandes letreros que se ostentan en sus fachadas: ante campaba en ellos las *zetas*, que ahora han sido desplazadas por las *kas*: Gutiérrez, Fernández, González, Ramírez, convertidos en Poliski, Chukioski, Kerenski, Chirivikes... Y lo desconcertante es, que a medida que van aumentando las *kas*, van desapareciendo las *zetas*; hasta que ya sea borrada esa letra definitivamente de nuestro abecedario latino; y acaso cambie también su nombre por otro, LA CALLE DE LA MURALLA.

DM
Jan 5/39



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA